

VARIACIONES SOBRE TRES NOCIONES EN EL CAMPO PEDAGÓGICO: TRADICIÓN, TRASMISIÓN E INFLUENCIA

Sierra Nieto, J. Eduardo

Dpto. de Teoría e Historia de la Educación y MIDE, Facultad de Ciencias de la
Educación, Universidad de Málaga, ESPAÑA
esierra@uma.es

Caparrós Martín, Ester

Dpto. de Didáctica y Organización Escolar, Facultad de Ciencias de la
Educación, Universidad de Málaga, ESPAÑA
ester.caparros@uma.es

Blanco García, Nieves

Dpto. de Didáctica y Organización Escolar, Facultad de Ciencias de la
Educación, Universidad de Málaga, ESPAÑA
nblanco@uma.es

Martín Alonso, Diego

Dpto. de Didáctica y Organización Escolar, Facultad de Ciencias de la
Educación, Universidad de Málaga, ESPAÑA
nblanco@uma.es

Resumen

Decía Rodari (2019) que “el niño, cualquier niño, es un hecho nuevo. Y con él el mundo empieza de cero” (p. 7). El oficio de maestro, de maestra, consiste en mediar entre esa novedad y un mundo que ya es, lo que requiere de un delicado equilibrio que sostenga la inscripción del otro en la cultura existente al tiempo que nos cuidamos de no bloquear sus posibilidades de ser y llegar a ser (van Manen, 1998); dando forma a la paradoja de que “para crecer, primero hay que `echar raíces´ (Meirieu, 2010, 24). Sin embargo, las relaciones entre esa novedad -esa originalidad radical que portan quienes llegan- y la cultura preexistente, son habitualmente tensas pues dependerán de cómo en cada época, bajo cada modelo de civilización y a la luz del criterio de cada educador, se propongan y sostengan.

En los últimos tiempos, el empuje neoliberal -bajo las formas de la ideología de la innovación y el mandato de la autosuficiencia- está significando, entre otros asuntos, que las relaciones entre *pasado*, *presente* y *futuro* se interpreten y dirijan de acuerdo con una visión empobrecedora de las tradiciones (Amilburu, 2021); como si la libertad individual y el progreso resultasen categorías



pensables y vivibles al margen de los saberes acumulados. Sin embargo, la introducción en la cultura es la condición necesaria para humanizarnos, para llegar a ser completamente humanos. La transmisión de la cultura es, en este sentido, esencial y eso convierte el oficio docente en indispensable para la continuidad del mundo.

Para la educación, la construcción de un *mundo sin pasado* y de un *sujeto sin raíces* resulta profundamente problemática, como ya señalaron Hannah Arendt (1996) y María Zambrano (2007). De entrada, porque se trata de una ficción, como argumenta acertadamente Bellamy (2021) (en definitiva, cualquier forma que adopte la educación siempre resulta ser un modo de representar el mundo ya arraigado y de proyectar un futuro), pero sobre todo porque parece que hemos asumido que el encargo de la educación (y con ello la *nueva* misión del docente) consiste en prepararnos para el mundo productivo en lugar de colocar en el centro la tarea de (re)presentar el mundo para su renovación (Masschelein y Simons, 2014). El reto de la educación, en la complejidad paradójica del presente, es no renunciar al ejercicio de la influencia sobre las generaciones jóvenes, sosteniendo su libertad en el vínculo con las tradiciones culturales; y aceptando la responsabilidad de mediar con el mundo en el marco de la relación viva con las y los estudiantes.

En esta comunicación, y sobre este paisaje discursivo, nos queremos sumar a la preocupación y al debate acerca de la transmisión cultural hoy. Esto supone abrirnos a pensar cuál es la función del maestro y de la maestra en un tiempo donde las relaciones *fuertes* con la cultura parecen haber desaparecido del ejercicio del oficio. Para ello, nos planteamos pensar en torno a tres nociones (*tradición, transmisión e influencia*) con el propósito de *variar* sus significados hegemónicos, recuperándolas para el pensamiento pedagógico.